

LA OBRA REDENTORA

En el principio de los tiempos, cuando Dios creó el mundo de la nada e hizo al primer hombre a su imagen y semejanza¹, colocó a Adán *en tan excelsa condición que habría de comunicar a sus descendientes, junto con la vida terrena, la vida sobrenatural de la gracia*². Todo era armonía y bien en aquellos momentos. *El mundo, hijos míos, las criaturas todas del Señor son buenas. Nos enseña la Sagrada Escritura que, concluida la obra maravillosa de la Creación, terminados el cielo y la tierra con su espléndido cortejo de seres* (cfr. Genes. II, 1), contempló Dios todo lo que había hecho y vio que todo era muy bueno (Genes. I, 31).

*Fue el pecado de Adán el que rompió esta divina armonía de la Creación*³. Frente al designio salvífico de Dios, se levantó el hombre en el exordio mismo de la historia, ofendiendo gravemente a su Creador y mereciendo justo castigo, en sí y en sus descendientes. *Habiendo perdido todos los hombres la inocencia en la prevaricación de Adán*⁴, «hechos inmundos»⁵ y —como dice el Apóstol— «hijos de ira por naturaleza»⁶..., hasta tal punto «eran esclavos del pecado»⁷ y estaban bajo el poder del diablo y de la muerte, que no sólo los gentiles por sus solas fuerzas naturales, sino que tampoco los judíos, por la letra misma de la Ley de Moisés, podían librarse o levantarse de ella⁸. Tan grande era la ofensa a Dios, que ninguna fuerza crea-

(1) Cfr. Genes. I, 26; (2) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; (3) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 2; (4) Cfr. Rom. V, 12; I Cor. XV, 22; (5) Isal. LXIV, 4; (6) Ephes. II, 3; (7) Rom. VI, 20; (8) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 1;

da era suficiente para expiar los crímenes de los hombres⁹; nada era capaz de levantarnos y vindicarnos de tal ruina y sempiterno castigo¹⁰.

Esclavos de la ley, del pecado, del demonio y de la muerte¹¹, todos los hombres nacen apartados de Dios, sin posibilidad alguna de satisfacer por sí mismos a la justicia divina ni de merecer su perdón. Sólo Dios podía reconciliar consigo a la humanidad pecadora en Adán; y el *Padre de las misericordias y Dios de toda consolación*¹², apiadado del género humano, quiso llevar a cabo la redención del mundo¹³.

EL DECRETO DIVINO DE REDENCIÓN

El designio salvador, escondido en Dios antes de todos los siglos¹⁴, *dimana del amor fontal o caridad de Dios Padre*¹⁵, que al llegar la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, nacido de mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley¹⁶.

Podía el Señor habernos dejado en aquella situación merecida por nuestros pecados; pero tanto amó Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito¹⁷. Y el Verbo del Padre Eterno, con aquel mismo único divino amor, asumió de la descendencia de Adán la naturaleza humana, pero inocente y exenta de toda mancha, para que del nuevo y celestial Adán se derivara la gracia del Espíritu Santo a todos los hijos del primer padre¹⁸.

Sin perder su naturaleza divina, el Hijo de Dios, por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó de los cielos; y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María Virgen¹⁹. En el misterio de la Encarnación, confiesa solemnemente la Iglesia, se ha de reconocer en dos naturalezas a uno solo y el mismo Cristo, Hijo Señor Unigénito: sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación; sin que haya sido borrada la diferencia de naturalezas a causa de la unión, sino conservando más bien cada naturaleza su propiedad y concurriendo ambas en una sola persona y en una sola hipóstasis²⁰.

(9) Pío XI, enc. *Miserentissimus Redemptor*, 8-V-1928; (10) León XIII, enc. *Divinum illud*, 9-V-1897; (11) Cfr. *Galat.* IV, 22-25; *Rom.* V, 12-14; V, 21; *II Cor.* IV, 4; *Hebr.* II, 14; (12) *II Cor.* I, 3; (13) Cfr. Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 2; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 52; (14) Cfr. *Ephes.* I, 9; *Colos.* I, 26; (15) Concilio Vaticano II, decr. *Ad gentes*, n. 2; (16) *Galat.* IV, 4 y 5; (17) *Ioann.* III, 16; (18) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 3 y 52; (19) *Symb. niceno-const.*; (20) Concilio de Calcedonia, año 451; Cfr. Concilio de Efeso, año 431; Concilio II de Constantinopla, año 553, can. 4;

Por su Encarnación, Jesucristo fue enviado al mundo como verdadero Mediador entre Dios y los hombres. Por ser Dios, «habita en El corporalmente toda la plenitud de la divinidad»²¹; según su naturaleza humana, nuevo Adán, es constituido Cabeza de la humanidad regenerada, «lleno de gracia y de verdad»²²⁻²³. Tomando nuestra condición humana, se hizo solidario con nosotros, dispuesto a padecer en su cuerpo los castigos que la humanidad había merecido por sus pecados. Con su Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia humana, obró con voluntad de hombre²⁴, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado²⁵⁻²⁶. Porque ¿cómo podría ser llagado por nuestras iniquidades y redimirnos de la esclavitud del pecado, si no poseyera naturaleza humana como nosotros? Y por el contrario, ¿cómo podría dar una satisfacción plena a la justicia del Padre celestial, violada por el género humano, si no poseyera la dignidad inmensa e infinita de una Persona divina?²⁷.

Toda la vida de Cristo, desde la Encarnación hasta su Ascensión a los cielos, tuvo valor redentor porque sus acciones —actos del mismo Dios— eran inmensamente satisfactorias y meritorias²⁸. Sin embargo, por un exceso de su amor, esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo Señor la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión²⁹.

EL SACRIFICIO DE LA CRUZ, VERDADERO Y PERFECTO SACRIFICIO

Fue en la Cruz donde las ansias redentoras de Cristo hallaron su pleno cumplimiento. Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, exclamaba poco antes de la Pasión, ¡y cómo traigo en prensa el corazón hasta que no lo vea cumplido!³⁰. En el Calvario, Jesucristo —Sumo Sacerdote y Víctima al mismo tiempo— realizó

(21) *Colos.* II, 9; (22) *Ioann.* I, 14; (23) Concilio Vaticano II, decr. *Ad gentes*, n. 3; Cfr. *I Tim.* II, 5; Concilio de Florencia, Bula *Cantate Domino*, 4-II-1441; Concilio de Trento, sess. V, decr. *De peccato originali*, can. 3; (24) Cfr. Concilio III de Constantinopla, año 681; (25) Cfr. *Hebr.* IV, 15; (26) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 22; Cfr. decr. *Ad gentes*, n. 3; (27) Pío XI, enc. *Lux veritatis*, 25-XII-1931; (28) Cfr. Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; (29) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 5; (30) *Luc.* XII, 50;

un verdadero y perfecto sacrificio, pues inmoló su cuerpo y se ofreció a Dios por nosotros en oblación y hostia de olor suavísimo³¹.

Innumerables veces atestigua la Sagrada Escritura que la Muerte del Señor fue una verdadera inmolación, descubriéndonos así el sentido último de su vida. *Cristo ha sido una sola vez inmolado para quitar los pecados de muchos*³². Y a los romanos dice San Pablo que la redención está en Jesucristo, a quien Dios propuso para ser la víctima de propiciación en virtud de su sangre³³. *Esta inmolación de la víctima fue llevada a cabo por medio de una muerte cruenta, voluntariamente padecida*³⁴.

La oblación a Dios de la víctima inmolada —segundo elemento característico de todo sacrificio— también se encuentra plenamente realizada en el sacrificio del Calvario. Cristo en efecto, *aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo*³⁵ y ofreció a su Padre Dios, con plena libertad, la inmolación que realizaba. *Por eso, al entrar en el mundo, dice: Tú no has querido sacrificios ni ofrendas, pero a Mí me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado; entonces dije: heme aquí que vengo... para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad*³⁶. Y en los umbrales mismos de la Pasión, cuando su naturaleza humana se resistía al dolor y al sufrimiento, ofreció a Dios el sacrificio que estaba a punto de ser consumado: *Padre, si quieres, aleja de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*³⁷.

A la luz de la Revelación, el sacrificio de la Cruz se nos presenta como la realización perfecta de los diversos sacrificios que se ofrecían en el Antiguo Testamento. Cuando el pueblo israelita iba a salir de Egipto, Dios ordenó a Moisés que en cada familia se sacrificara una res sin defecto, macho de un año, cordero o cabrito³⁸, siguiendo un rito determinado³⁹. Y cuando os pregunten vuestros hijos: *¿qué significa para vosotros este rito?*, les responderéis: *es el sacrificio de la Pascua de Yavé, que pasó de largo delante de las casas de los hijos de Israel en Egipto*⁴⁰.

Todo esto —enseña la Sagrada Escritura— era sólo la sombra de los bienes futuros, y no la realidad misma de las cosas⁴¹. Por eso San Pablo afirma con gozo, dirigiéndose a todos los cristianos: *echad*

(31) *Ephes.* V, 2; (32) *Hebr.* IX, 28; (33) *Rom.* III, 25; (34) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; (35) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 42; (36) *Hebr.* X, 5-7; (37) *Luc.* XXII, 42; (38) *Exod.* XII, 5; (39) Cfr. *Exod.* XII, 9-11; (40) *Exod.* XII, 26 y 27; (41) *Hebr.* X, 1;

fuera la levadura añeja para que seáis una masa nueva...; porque Jesucristo, que es nuestro cordero pascual, ha sido inmolado por nosotros ⁴². El paso del Mar Rojo realizado por los israelitas, huyendo de la esclavitud de Egipto para arribar a la tierra prometida, era la prefiguración de esta nueva y espiritual libertad ganada en Cristo.

No se contentó el Señor con haber librado a Israel del poderío egipcio, sino que estableció también un pacto, ratificado con otro sacrificio, por el que le elegía como pueblo suyo en la tierra. Y tomó Moisés la sangre y roció al pueblo diciendo: *ésta es la sangre de la alianza que hace Yavé con vosotros* ⁴³. Aquella nación fue repetidas veces infiel a sus promesas; y Dios anunció una nueva y perfecta alianza, que sustituiría a la antigua. *He aquí que vendrán días, dice el Señor, en que otorgaré a la casa de Israel y a la casa de Judá un testamento nuevo, no como el pacto que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarles de la tierra de Egipto. Como ellos no guardaron mi alianza, así yo los deseché, dice el Señor* ⁴⁴. Esa nueva y definitiva alianza fue instituida por Cristo la noche misma de la Pasión, cuando anunció a sus discípulos que la Eucaristía era el sacrificio mismo que pocas horas después iba a consumir sobre la Cruz: *este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que está siendo derramada por vosotros* ⁴⁵. Por eso es Jesús mediador de un nuevo testamento —explica San Pablo—, *a fin de que mediante su muerte para expiación de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer testamento, los que han sido llamados por Dios reciban la herencia eterna prometida* ⁴⁶.

Para reparar las ofensas contra Dios, el Señor dispuso en la Antigua Ley que se realizaran también sacrificios propiciatorios por los pecados ⁴⁷. Por sí mismos, aquellos sacrificios no podían purificar la conciencia de los que tributaban a Dios este culto, puesto que sólo consistían en viandas y bebidas y diferentes abluciones y ceremonias carnales... Mas sobreviniendo Cristo, Pontífice de los bienes venideros..., presentándose no con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con su propia sangre, entró una sola vez para siempre en el santuario, habiendo obtenido una redención eterna. Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la ceniza de la

(42) I Cor. V, 7; (43) Exod. XXIV, 8; Cfr. Hebr. IX, 18-22; (44) Hebr. VIII, 8 y 9; Cfr. Jerem. XIII, 31; (45) Luc. XXII, 20; (46) Hebr. IX, 15; (47) Cfr. Levit. IV, 1-ss;

*ternera sacrificada, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden a la purificación legal de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que a impulsos del Espíritu Santo se ofreció a Sí mismo inmaculado a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados?*⁴⁸.

CARACTERÍSTICAS DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ

El sacrificio de Cristo en la Cruz —Pascua de los cristianos, Nueva Alianza, propiciación por todos los pecados— es, en primer lugar, manifestación del amor inmenso del Hijo de Dios a su Padre, y de la Trinidad entera a todos los hombres: *en esto hemos conocido la caridad de Dios; en que dio su vida por nosotros*⁴⁹. Verdaderamente, cada uno de nosotros puede decir, como San Pablo: *Cristo me amó y se entregó a Sí mismo por mí*⁵⁰.

La doctrina católica enseña, además, que este sacrificio tuvo a los ojos de Dios un inmenso valor satisfactorio y meritorio. Satisfactorio —escribe San Pablo— *porque cuando estabais muertos por vuestros pecados, entonces os hizo revivir en El, perdonándoos todos los pecados. Y cancelando la cédula del decreto firmado contra vosotros, que nos era contrario, la quitó de en medio clavándola en la cruz*⁵¹. Se trata de una satisfacción vicaria, es decir, de una sustitución por la que Cristo, Cabeza de toda la creación⁵² y solidario con ella, ocupando el lugar de los hombres, sufrió en su carne la pena que en justicia correspondía a la humanidad pecadora. Lo recuerda San Pedro a todos los cristianos: *Cristo murió una sola vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, a fin de reconciliarnos con Dios*⁵³. *Es El quien llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, a fin de que nosotros, muertos a los pecados, vivamos para la justicia; por cuyas llagas fuisteis sanados*⁵⁴. San Pablo, utilizando un lenguaje más directo, llega a afirmar que *Dios hizo pecado por nosotros a Aquel que no conocía el pecado, a fin de que viniésemos a ser en El justos con la justicia de Dios*⁵⁵. De este modo Jesucristo, «hecho por nosotros justicia, santificación y redención»⁵⁶, nos reconcilió con el Padre

(48) *Hebr.* IX, 9-14; (49) *I Ioann.* III, 16; (50) *Galat.* II, 20; (51) *Colos.* II, 13 y 14; (52) Cfr. *Colos.* I, 18; (53) *I Petr.* III, 18; (54) *I Petr.* II, 24; Cfr. *Isai.* LIII, 5; (55) *II Cor.* V, 21; (56) *I Cor.* I, 30;

en su sangre⁵⁷, nos mereció la justificación por su Pasión santísima en el leño de la Cruz, y satisfizo por nosotros a Dios Padre⁵⁸.

La segunda característica del sacrificio de la Cruz, inseparable del aspecto satisfactorio, se refiere a los méritos ganados por Cristo al cumplir la voluntad divina. *Jesucristo pendiente de la Cruz* —enseña el Magisterio de la Iglesia—, no sólo resarcó a la justicia violada del Eterno Padre, sino que nos mereció, además, como a consanguíneos suyos, una abundancia inefable de gracias⁵⁹. Tan infinitos y sobreabundantes son estos méritos⁶⁰, que la Iglesia no duda en llamar *felix culpa* al pecado original⁶¹, pues fue ocasión para la llegada del Redentor: *donde abundó el delito, sobreabundó la gracia*⁶².

La Redención operada por Cristo en la Cruz es, en fin, universal, se extiende a todo el género humano: *como no hay, ni hubo, ni habrá hombre alguno cuya naturaleza no fuera sumida en El, así tampoco hay, ni hubo, ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo Jesús, Señor nuestro*⁶³. El, con su cruz y su triunfo sobre la muerte, rasgó el decreto de condenación de los hombres (cfr. Colos. II, 14) y los ganó a todos con el precio inmenso e infinito de su sangre: *empti enim estis pretio magno* (I Cor. VI, 20; cfr. I Petr. I, 18), *hemos sido comprados con un gran precio. A toda la humanidad, sin excepción, abrió la posibilidad de una nueva vida, de renacer en el Espíritu, de iniciar una existencia de vencedores*⁶⁴. Fuera de El —explicaban San Pedro y San Juan a los judíos— *no hay que buscar la salvación en ningún otro, pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos*⁶⁵.

EFFECTOS DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ

Por su Pasión y Muerte, Cristo mereció —en primer lugar— la glorificación de su cuerpo y la exaltación de su Humanidad San-

(57) Concilio de Trento, sess. V, decr. *De peccato originali*, can. 3; (58) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7; Cfr. Concilio XI de Toledo, año 675; León XIII, enc. *Tametsi futura*, 1-XI-1900; Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (59) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; Cfr. Concilio de Florencia, Bula *Cantate Domino*, 4-II-1441; Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7 y can. 10; San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 11; (60) Cfr. Clemente VI, Bula *Unigenitus Dei Filius*, 25-I-1343; León X, Bula *Cum postquam*, 9-XI-1518; San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 19; Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; (61) *Missale Romanum, Praec. Pasch.*; (62) Rom. V, 20; (63) Concilio Carisiaco, año 853, cap. 4; Cfr. León XIII, enc. *Tametsi futura*, 1-XI-1900; (64) Carta *Dei Amore*, 9-I-1959, n. 1; (65) Act. IV, 12;

tísima. Unida de modo inefable a Dios por la Unión hipostática, la naturaleza humana del Señor tenía derecho a que la gloria de la divinidad redundara también en su cuerpo; sin embargo, *se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo que Dios también le ensalzó y le dio un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios Padre*⁶⁶. Ahora, glorificada su Humanidad Santísima y trasladada al cielo, es eternamente ensalzado por los Angeles y los Santos: *digno es el Cordero que ha sido sacrificado de recibir el poder y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza y el honor y la bendición*⁶⁷.

Habiendo realizado objetivamente la redención, el sacrificio de Cristo restañó las heridas causadas por el pecado original, restauró el orden quebrantado y devolvió a los hombres la amistad con Dios. *Cristo nos ha reconciliado de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; pues escrito está: maldito sea todo el que pende del madero*⁶⁸. Y siendo la ley ocasión continua del pecado⁶⁹, la Muerte de Cristo ha librado también a la naturaleza humana de la servidumbre en que se hallaba presa: *nuestro hombre viejo —escribe San Pablo a los romanos— fue crucificado juntamente con El, para que fuera destruido en nosotros el cuerpo del pecado*⁷⁰. Hasta tal punto Cristo destruyó el pecado con su Muerte, que Juan el Bautista dijo a sus discípulos, señalando a Jesús en el Jordán: *he aquí el Cordero de Dios, he aquí al que quita los pecados del mundo*⁷¹.

El pecado hace al hombre esclavo de Satanás y sujeto a la muerte; por eso, la liberación de la servidumbre del pecado ganada por Jesús lleva consigo también la victoria sobre el demonio y sobre la muerte.

*El Hijo de Dios —exclama San Juan— vino al mundo para deshacer las obras del diablo*⁷². Toda su vida es manifestación de ese poder y, al mismo tiempo, signo claro de que el Reino de Dios ha llegado a la tierra⁷³. Pero fue principalmente en el Gólgota donde, *despojando a los principados y potestades infernales, los sacó vale-*

(66) Philip. II, 8-11; (67) Apoc. V, 12; (68) Galat. III, 13 y 14; (69) Cfr. Rom. VII, 7-12; (70) Rom. VI, 6; Cfr. Rom. VI, 14; I Ioann. III, 5; Hebr. IX, 26; (71) Ioann. I, 29; (72) I Ioann. III, 8; (73) Cfr. Marc. III, 15; Luc. X, 17; Matth. VIII, 28-34; XII, 27, etc.;

rosamente en público y los llevó delante de Sí, triunfando de ellos en su propia persona⁷⁴.

El sacrificio de Cristo fue, en fin, eficaz antídoto contra la muerte, pena del pecado⁷⁵. Jesús vino para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a aquellos que por el temor a la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre⁷⁶. En efecto, la Revelación nos enseña que, a causa de una misteriosa solidaridad, la muerte que mereció Adán como castigo de su pecado se transmite a todos sus descendientes: así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, así también la muerte se fue propagando en todos los hombres, por causa de aquél en quien todos pecaron⁷⁷. La Encarnación de Cristo transformó esa solidaridad de pecado y de muerte en solidaridad de gracia y de vida: como por un hombre vino la muerte, así por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos⁷⁸. En Jesucristo, verdaderamente resucitado por el poder de Dios, todos los hombres han derrotado a la muerte; aunque el triunfo definitivo se obtendrá solamente al fin de los tiempos. *La fe cristiana enseña que la muerte corporal... será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado*⁷⁹. Sólo una criatura —María Santísima— ha derrotado ya en su propio cuerpo a la muerte; los demás esperamos la venida gloriosa del Señor, que revestirá de incorruptibilidad nuestra carne mortal. Y cuando este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: la muerte ha sido absorbida por una victoria. ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria? ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón?⁸⁰

Además de librarnos de esta cuádruple esclavitud, el sacrificio redentor de Cristo nos ha reconciliado con Dios y con los demás hombres⁸¹. *Plugo, en efecto, al Padre poner en Cristo la plenitud de todo ser y reconciliar por El todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz. Y a vosotros, que antes estabais lejos de Dios y erais enemigos suyos de corazón, por causa de vuestras malas obras, ahora*

(74) *Colos.* II, 15; (75) Cfr. *Rom.* VI, 23; (76) *Hebr.* II, 14 y 15; (77) *Rom.* V, 12; (78) *I Cor.* XV, 21; (79) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 18; (80) *I Cor.* XV, 54 y 55; Cfr. *Ioann.* VIII, 51; XI, 25 y 26; *Rom.* VI, 8 y 9; *I Thes.* IV, 13; *II Tim.* I, 10; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 7; const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 6; (81) Cfr. *Ephes.* II, 16; Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 22;

os ha reconciliado en el cuerpo de su carne⁸².

En Cristo, por fin, toda la humanidad ha merecido la gracia divina y la promesa de la gloria. Lo afirma San Pablo en la epístola a los romanos: *así como el delito de uno solo atrajo la condenación a todos los hombres, así también la justicia de uno solo ha merecido a todos los hombres la justificación que da la vida*⁸³.

La Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, nos enseña que esta justificación no consiste en que los pecados sean solamente encubiertos o no imputados⁸⁴, ni en un favor externo de Dios, ni en el revestimiento meramente extrínseco de los méritos de Cristo⁸⁵. No consiste tampoco, formalmente, en la justicia del mismo Cristo⁸⁶, ni en la obediencia a los mandamientos⁸⁷, ni en la sola remisión de los pecados, aunque este perdón esté siempre ligado a la justificación⁸⁸. La justificación es, esencialmente, *santificación y renovación del hombre interior por la voluntaria recepción de la gracia y de los dones*⁸⁹. De ahí que, en la justificación misma, juntamente con la remisión de los pecados, recibe el hombre las siguientes cosas que a la vez se le infunden por Jesucristo, en quien es injertado: la fe, la esperanza y la caridad⁹⁰. Es, por tanto, el estado en que el hombre se convierte de injusto en justo y de enemigo en amigo⁹¹, hecho verdaderamente hijo adoptivo de Dios, partícipe de la naturaleza divina⁹² y heredero según la esperanza de la vida eterna⁹³.

La doctrina católica enseña también que la única causa formal de esta justificación es la justicia de Dios: no aquella con que El es justo, sino aquella con que nos hace justos a nosotros. Es decir, aquella justicia por la que —dotados por El— somos renovados en el espíritu de nuestra mente y no sólo somos reputados, sino que verdaderamente nos llamamos y somos justos, al recibir en nosotros cada uno su propia justicia, según la medida en que «el Espíritu Santo la

(82) Colos. 1, 1922; (83) Rom. V, 18; (84) Cfr. León X, Bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 2; Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 3 y 7; León XIII, Decreto del Sto. Oficio, 14-XII-1887, n. 35; (85) Cfr. Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, can. 10-ss; (86) Cfr. *Ibid.*, cap. 7 y can. 10; (87) Cfr. San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 42; (88) Cfr. Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 3; Concilio de Vienne, const. *De Summa Trinitate et fide catholica*, año 1311; Concilio de Trento, sess. V, decr. *De peccato originali*, can. 5; sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7 y can. 11; San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, nn. 31-ss.; (89) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7; Cfr. Benedicto XII, Memorial *Iam dudum*, año 1341, n. 42; San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 69; (90) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7; Cfr. Inocencio III, Carta *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201; (91) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7; (92) Cfr. II Petr. I, 4; (93) Tit. III, 7; Cfr. Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7;

reparte a cada uno como quiere»⁹⁴ y según la disposición y cooperación de cada uno⁹⁵.

COOPERACIÓN PERSONAL A LA REDENCIÓN

La obra redentora ha sido realizada plenamente por Cristo en la Cruz; su sacrificio es perfectísimo. Sin embargo, Dios quiere contar con la cooperación de cada hombre para salvarle: *aun cuando «Cristo murió por todos»⁹⁶, no todos, sin embargo, reciben el beneficio de su muerte, sino sólo aquellos a quienes se comunica el mérito de su Pasión⁹⁷. Se puede decir —ilustra el Magisterio de la Iglesia— que Cristo ha construido en el Calvario una piscina de purificación y de salvación que llenó con su sangre, por El vertida; pero si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ella las manchas de su iniquidad, no serán ciertamente purificados y salvados. Por eso, para que todos los pecadores se purifiquen en la sangre del Cordero, es necesaria su propia colaboración⁹⁸.*

Esta cooperación personal —que los teólogos llaman redención subjetiva— se realiza *por medio de los sacramentos y por medio del sacrificio de la Eucaristía⁹⁹*. No basta, por tanto, la sola fe para alcanzar la justificación¹⁰⁰; es necesaria también la recepción de los sacramentos o, al menos, el deseo eficaz de recibirlos¹⁰¹. En los sacramentos, en efecto, *somos injertados en El por medio de la representación de su muerte¹⁰² y se actualiza en cada hombre la obra redentora, con todo el contenido salvífico del sacrificio de la Cruz. Con esta participación actual y personal, de la misma manera que los miembros se asemejan cada día más a la Cabeza divina, así también la salvación que viene de la Cabeza afluye a sus miembros¹⁰³.*

Sin embargo, *el Señor, que ofrece su salvación a todos los hombres, sin discriminaciones de pueblo, raza, lengua o condición (cfr. Galat. III, 28; Colos. III, 11), a nadie fuerza para que la acepte. Deja a los hombres en libertad: los hombres a veces no quieren, y obligan a Jesús a admitir sus excusas bajas y egoístas, sus negativas —habe me excusatum (cfr. Luc. XIV, 15-24)— a la invi-*

(94) 1 Cor. XII, 11; (95) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 7; (96) 11 Cor. V, 15; (97) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 3; (98) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; (99) *Ibid.*; (100) Cfr. Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, can. 9; (101) Cfr. Concilio de Trento, sess. VII, decr. *De sacramentis in genere*, can. 4; (102) Rom. VI, 5; Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11; (103) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947;

tación amorosa de tomar parte en la gran cena ¹⁰⁴.

Junto a la fe y a la recepción de los sacramentos, son necesarias también las buenas obras. *¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura la fe sola podrá salvarle?... Porque la fe sin obras está muerta* ¹⁰⁵.

Son, hijos míos, nuestras acciones rectas, con la fe y con la gracia de Dios, las que hacen que nuestra vida —humana— sea sobrenatural; porque los justificados..., con aquellas obras hechas en Dios, han satisfecho plenamente a la ley divina —según la condición de esta vida—, y han merecido en verdad la vida eterna, que a su tiempo alcanzarán si murieren en gracia ¹⁰⁶. Este mérito personal, por el que la salvación se hace patrimonio de cada hombre, no disminuye en nada la absoluta gratuidad de la justificación, ya que *el mismo Cristo Jesús, como Cabeza sobre los miembros* ¹⁰⁷ *y como vid sobre los sarmientos* ¹⁰⁸, *influye constantemente su virtud sobre los justificados mismos. Esta virtud antecede siempre a las buenas obras, las acompaña y sigue; y, sin ella, esas obras no podrían nunca ser gratas a Dios ni meritorias* ¹⁰⁹.

La misericordia de Dios no tiene límites; nada ha ahorrado para conceder el perdón de los pecados y hacernos de nuevo hijos suyos. Sin embargo, *es un dolor ver que, después de veinte siglos, haya tan pocos que se llamen cristianos en el mundo y que, entre los que se llaman cristianos, haya tan pocos que tengan la verdadera doctrina de Jesucristo. Os he contado alguna vez que, contemplando un mapamundi, un hombre que no tenía mal corazón, pero que no tenía fe, me dijo: mire, de norte a sur, y de este a oeste, mire. ¿Qué quiere que mire?, le pregunté. Y ésta fue su respuesta: el fracaso de Cristo. Tantos siglos procurando meter en el corazón de los hombres su doctrina y vea los resultados: no hay cristianos.*

Me llené, al principio, de tristeza; pero, enseguida, de amor y de agradecimiento porque el Señor ha querido hacernos cooperadores libres de su obra redentora. Cristo no ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. Su redención es suficiente y sobreabundante, pero nos trata como a se-

(104) Carta *Dei Amore*, 9-1-1959, n. 2; (105) *Jacob.* II, 14 y 20; (106) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 16; (107) Cfr. *Ephes.* IV, 15; (108) Cfr. *Ioann.* XV, 5; (109) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 16;

res inteligentes y libres y ha dispuesto que, misteriosamente, cumplamos en nuestra carne —en nuestra vida— aquello que falta a su pasión pro corpore eius, quod est Ecclesia (Colos. I, 24).

La redención se continúa haciendo: y vosotros y yo somos corredentores. Vale la pena jugarse la vida entera, y saber sufrir, por amor, para sacar adelante las cosas de Dios y ayudarle a redimir el mundo, para corredimir. Ante esta consideración, es la hora de que vosotros y yo clamemos en alabanza a Dios: laudem Domini loquetur os meum, et benedicat omnis caro nomen sanctum eius (Ps. CXLIV, 21); que ensalce nuestra boca al Señor, y que todas las criaturas bendigan su santo nombre ¹¹⁰.

(110) Carta Dei Amore, 9-1-1959, n. 2.